



PRÓLOGO

Inglaterra, Rowland's Castle, 1275

Sentía la tierra húmeda y rasposa debajo de su espalda. Los dedos de los pies los tenía ateridos a causa del frío que le penetraba hasta los huesos, apenas notó el áspero pelaje que la olía con insistencia. Las pequeñas patas con garras, comenzaron a trepar por sus piernas desnudas, y cuando una garra afilada la hirió, la mujer volvió de su inconsciencia de forma abrupta. El fuerte alarido que lanzó desde el fondo de su garganta, quedó atrapado y nulo entre la basta tela que cubría su boca.

Abrió los ojos de golpe mientras que el corazón se le encogía por el miedo.

La oscuridad que la rodeaba parecía una gruesa tela que la envolvía, como si fuese un sudario. Hizo amago de moverse, pero descubrió con verdadero terror que la habían encadenado aunque ignoraba a que. Sacudió los pies con fuerza, trataba de quitarse de encima aquello que estaba trepando por sus pantorrillas. Quiso alzarse desde su posición forzada, pero el pesado collar de hierro que tenía atado al cuello se lo impedía, estaba trabado con unas cadenas a sus muñecas, y éstas, a su espalda, las cadenas habían sido fijadas a la recia pared, y ella se sentía completamente confundida. Con movimientos bruscos intentó golpear la tierra mojada para intentar apartar a la alimaña que la acechaba, aunque no podía verla, la presentía, pero la impotencia de no poder hacer nada al respecto, hizo que comenzase a sollozar. Inspiró profundamente para tratar de serenarse y no dejarse vencer por el desasosiego, al inspirar fuerte, sus fosas nasales se llenaron de un olor nauseabundo e hizo que su estómago comenzase a dar arcadas, el olor del vómito y la orina penetraron dentro de sus pulmones como un aire huracanado.

Creyó que no podría volver a respirar de nuevo con normalidad. Cuando se calmó, trató de imaginar el aspecto que tendría la habitación donde se encontraba recluida.

La celda debía tener unos tres metros de largo por dos de ancho, la escasa luz que entraba por una rendija de la pared opuesta, apenas le permitían hacer una valoración real, pero tampoco importaba demasiado.

Pegó su espalda mojada al muro todo lo que pudo, y fue reptando hacia atrás como una serpiente, el siseo de sus escarpines le recordó al sonido que hace una hoja de acero que templan en una fragua. Cuando tocó la pared comprobó que estaba hecha de piedra, el musgo crecía entre las rocas que se alimentaba de la humedad, por ese motivo sentía el vapor rancio que emanaba de la roca desnuda. El basto suelo de tierra estaba lleno de huesos y excrementos humanos, señal inequívoca de las personas que habían perecido allí dentro durante décadas. La mujer, desvió la vista con repulsión y fijó sus ojos en la parte derecha de la celda, la puerta de tosca madera y goznes oxidados parecía que se burlaba de ella, le mostraba una libertad que no podía alcanzar.

¡Debía de ser una pesadilla! Sacudió la cabeza varias veces para tratar de despejar los malos pensamientos que la atosigaban, ¡tendría que estar durmiendo en su alcoba, encima de su lecho de plumas! Pero las sensaciones desagradables, eran demasiado intensas como para considerar que estaba sumida en el estado de sopor que producía el sueño.

¿Por qué razón se encontraba en un lugar tan desagradable? Estaba maniatada, pero ella no representaba ningún peligro, suspiró con aprensión. Las preguntas se agolpaban en su cerebro y le producían un insoportable dolor de cabeza. ¿En qué momento la habían apresado? Lo último que podía recordar era que se encontraba vigilando el horizonte desde las almenas de Redtower, y de pronto sintió un fuerte golpe en la cabeza y cayó en el olvido.

La puerta se abrió de repente con un chasquido seco que le recordó a ella la hoja de una espada cuando corta el aire. La oscura figura que entró por el hueco, se dirigió con pasos lentos y premeditados hacia el interior. El sonido de cada uno de los pies que avanzaban, arrancaban al suelo un sonido gutural que la hizo estremecerse de cautela. La gigante silueta

se paró a un solo paso de ella. La escasa luz de la estancia le impedía hacer una valoración del perfil o del contorno de la figura que respiraba de forma acompasada. Pensó, por un breve instante, que era el demonio y que venía a llevársela. Sintió un escalofrío involuntario, observó la capa de lana, recia y negra, que hacía oscilar él con cada paso. Miró la espada grande y pesada que golpeaba su muslo duro, pero él, no parecía darse cuenta de ello, cuando al fin superó la distancia que los separaba, se inclinó y la miró tan intensamente, que ella sintió un vuelco de cobardía en su corazón. Vio con estupefacción doliente que el hombre se sacaba un puñal de la bota derecha con oscuras intenciones, sin previo aviso, la asió del cabello con violencia desmedida, la acercó tanto hacia él, que el rostro de ella quedó pegado a su cota de mallas. Los aros de hierro se le clavaban en las mejillas. Su cabeza apenas llegaba al pecho del guerrero, y cuando sintió la hoja de acero en su garganta, supo, sin lugar a dudas, que su vida había llegado a su fin.

Cerró los ojos y esperó el golpe que le arrancaría el último aliento.

Una mano fuerte y grande le asió el cuello en una clara amenaza que ella entendió a la perfección, la otra seguía sosteniendo el puñal afilado. De pronto sintió que la zarandeaban con violencia. La boca del individuo se paseó por su cuello con premeditada lentitud, su aliento cálido le pareció a ella el preludio de la muerte.

Al fin decidió abrir los ojos con más precaución que espanto. Temblaba de tal forma que pensó que sus huesos se iban a partir de un momento a otro.

El aroma a cuero y a caballo penetró por los orificios de su nariz causándole una sensación extraña de reconocimiento. Olerlo a él hizo que se olvidará de los olores putrefactos que la habían asaltado cuando despertó en la fría celda. La mano que había asido su cuello comenzó un recorrido lento hacia su mentón, alcanzó su barbilla y la giró hacia él. Aún en la oscuridad, pudo observar nerviosa los ojos brillantes de ira, vio el rencor que se reflejaba en ellos.

La boca de él se acercó hasta su oído y los leves jadeos que emitía consiguieron arrancarle un estremecimiento de pavor. Tenía la cara enterrada en el cuello de él y su boca comenzó a hacerle preguntas que no tenían sentido, aunque pudo entender cada una de las palabras que le dirigió.

—Decidme el nombre del traidor y es posible que os perdone la vida.

Estaba a un paso de gritar como una posesa, pero pudo controlar su nerviosismo a tiempo. La voz grave y seca le produjo un sentimiento de miedo que no pudo controlar. Él, volvió a tirarle con fuerza del enredado cabello e ignoraba sus gemidos de dolor.

—¡Decid su nombre! —Evelyn se encogió temerosa porque saboreó el odio negro de él, y supo a quién iba dirigido, únicamente a ella.

Era el más cruel de los martirizadores.

—Sabed que voy a mataros por vuestra perfidia —las palabras susurradas de forma, premeditadamente lenta, le causaron el efecto que él pretendía. Evelyn sabía que Khaled no iba a ser indulgente con ella.

El diablo nunca mostraba compasión.

—Pero seré magnánimo con vos si me decís lo que deseo escuchar.

Seguía en un silencio incómodo, aunque quería hablar, su boca se mantenía sellada.

—¿Acaso ignoráis lo que os haré? —tras la pregunta contenciosa, la mente femenina se iluminó por completo. Se había esfumado la confusión que la había mantenido aletargada durante los primeros instantes del interrogatorio.

¡Dios del cielo! ¡No podía estar en *Rowland's Castle*! ¡Ella había huido de allí!

El demonio cambió de estrategia ante su silencio continuado. La mano caliente y callosa comenzó a bajar desde su cara hasta su cuello, y se detuvo en el nacimiento de sus pechos, se ayudó del puñal para intimidarla, aunque ella no necesitaba ningún aliciente al pánico, estaba petrificada. La fría hoja de acero fue marcando una línea rosada allá por donde

la deslizaba. Él comenzó a cortar la tela suave de su maltrecho vestido de satén y dejó asomar los pechos de ella por completo. Aún sujetándola del pelo, bajó su boca hasta atrapar un tierno y erecto pezón. El frío lo había puesto inhiesto, él, lo pellizó entre sus dientes, saboreándolo, succionando como si bebiese de una manjar.

¡Evelyn se iba a desmayar! Es más, iba a vomitar de un momento a otro. El puñal siguió bajando y rasgando verticalmente la tela, hasta que la desnudez de ella quedó expuesta a los ojos inquisidores.

—¡Decidme su nombre de una maldita vez! O juro que os tomaré entre estas piedras duras y luego derramaré vuestras entrañas sin sentir remordimientos —Evelyn necesitaba gritar desesperadamente, pero no podía, sabía que iba a matarla de todas formas, de la manera más cruel e inhumana, pero tenía la boca tapada con un trapo sucio y maloliente, el muy necio no parecía percatarse de ello.

Dio un respingo involuntario cuando la mano de él se centró en su femineidad y un dedo duro y grueso penetró en su interior causándole un espasmo de dolor.

¡Estaba perdida!

Se despertó con el insoportable dolor de las púas arañándole el cerebro, contenía las náuseas a fuerza de voluntad, y su boca seguía cerrada por la mordaza. Sabía que se iba a ahogar con su propio vómito si no lograba contenerlo a tiempo. Evelyn inspiró varias veces intentando infundirse un poco de serenidad al mismo tiempo que hacía un análisis de la situación en la que se encontraba. Sentía sus miembros entumecidos, la postura antinatural forzaba sus músculos doblegándolos de forma dolorosa. Seguía maniatada, en una celda y había sido hecha prisionera por el mismo demonio... por el mismo demonio no, por su marido.

Sería mejor para ella que estuviese muerta y en el infierno.

Evelyn no lograba recordar el preciso momento en el que se había producido el fatal desenlace. Lo último que lograba traer a su memoria era la negra furia que había llenado el corazón del conde Rowland al creer que ella lo había traicionado.

¡Hasta cuándo la iba a mantener encerrada en ese lugar oscuro y húmedo! Hasta que sus huesos se pudriesen y las cuencas de sus ojos se vaciasen.

Evelyn tocó con sus dedos fríos la basta tela que la cubría, en algún momento del regalo de su inconsciencia, le habían colocado un saco de arpillera. El basto tejido de estopa le arañaba la piel, pero ese era el menor de sus problemas. Las manos ya no las tenía atadas a la espalda, habían soltado el candado que las aprisionaba. Podía moverlas y tratar de restablecer la circulación en ellas.

No iba a llorar, no pensaba mostrar debilidad alguna. Puesto que su vida valía tan poco, había decidido morir con todo el honor que le permitiesen las circunstancias. No tenía ni siquiera un sorbo de agua para tragar la acidez que subía por su garganta hasta posarse en el cielo de su boca. ¡Maldita mordaza! Secaba los intentos de ella de tragar saliva, le dolía hasta el esfuerzo de respirar, y sentía como si la tuviese la boca llena de arena.

Necesitaba perderse en recuerdos para no volverse loca. Buscó en su memoria imágenes de rostros conocidos, amados. La imagen de un muchacho de pelo rojo se filtró en su mente hambrienta. Su hermano le inspiraba sentimientos profundos de ternura. Siguió forzando su mente, lo vio delante de un montón de libros y de dibujos, le sonreía, ella intentaba atraer sus palabras que las sentía perderse en el aire. Evelyn sentía una pena abrumadora, movía sus labios pero era incapaz de formar las palabras en su boca. Se golpeó la cabeza en repetidas ocasiones contra el muro lamentándose.

¡Su hermano corría verdadero peligro! Ella no había podido impedir el desastre.

El chasquido de la pesada puerta la sacó de sus cavilaciones, Evelyn se plantó en su escaso metro sesenta para plantarle de nuevo cara al demonio, aunque le costase la cordura. La penumbra de la habitación no le permitía distinguir a la persona que se acercaba con paso sigiloso hasta ella. Un criado vestido de forma tosca, cruzo la celda tras la mujer, portaba en la mano derecha una antorcha que posteriormente colgó de la pared de piedra, Evelyn cerró los ojos ante la intensidad de la luz que la cegó momentáneamente. La mujer sujetaba en cada mano un cuenco, Evelyn deseó, con todo su corazón, que uno de ellos fuese de agua.

Una mano amable le quitó la mordaza y la bajó hasta su barbilla, le inclinó la cabeza con mucha suavidad hacia el cuenco para que bebiese. Evelyn apuró el agua como si fuese la última gota de su vida. Apenas tenía suficiente para calmar la sed, pero la acedía había remitido casi por completo. Se pasó la lengua por los resechos labios en un intento de calmarlos con su saliva, los sintió acartonados y llenos de heridas. Durante horas se los había mordido sin compasión.

—Os traigo un cuenco de gachas.

—¡Madeline! —Tras varios intentos, logró que su voz sonara natural—, me alegro tanto de veros.

—Mi señora, estábamos muy preocupados por vos. —Evelyn sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Dónde... dónde estoy?

—En *Rowland's Castle* —ella lo había sospechado desde el principio, pero aún así la espalda se le tensó por el pánico—, creímos que nunca os volveríamos a ver. —Evelyn suspiró de forma entrecortada aunque agradecida.

—Así lo había decidido Madeline.

La criada le hizo un gesto amable con la cabeza a modo de disculpa.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó ella en un tono lleno de incertidumbre, la criada la miró con cierta vacilación sin atreverse a responderle, aunque lo hizo al fin.

—Está considerado un espía, mi señora —Evelyn abrió la boca con espanto. Su hermano era incapaz de hacer daño—. *Redtower* está sitiada desde hace días —continuó explicando la criada. Evelyn cerró los ojos ante el desastre que se avecinaba—. El conde ha prometido no dejar una piedra en pie a menos que vuestro hermano rinda la fortaleza.

Evelyn suspiró de forma entrecortada. Todo adquiría dimensiones irreales.

—¿Por qué me ayudáis? —inquirió con verdadera preocupación—. El conde podría tomar represalias si llegara a sospechar de vuestra ayuda —le confió a Madeline.

—Sois mi señora, os he cuidado desde bebé —Evelyn le mostró una sonrisa de afecto. Cómo habían cambiado las cosas desde sus esponsales con el conde de *Rowland's Castle*, el hombre más vengativo y arrogante de cuantos hubiese conocido.

—¿Podrías enviar un mensaje a mi hermano? —la criada iba a responder, pero no pudo hacerlo.

—¡Suficiente! —La atronadora voz les hizo dar un brinco a ambas.

Evelyn volvió sus ojos de la criada hacia la puerta de la celda abierta, tras hacerlo, se encogió de miedo ante la figura que entraba por ella.

—¡Fuera! —Indudablemente se refería a Madeline y al criado, ambos se apresuraron a obedecer la orden con prontitud.

Evelin fue consciente de la mirada escrutadora del demonio sobre ella y cruzó los brazos al pecho, como si intentase proteger con ese gesto su corazón herido por la pena y la desilusión.

—¡Confío que no volváis a desmayaros! —¿Pretendía tranquilizarla con esas palabras secas? ¿Se había desmayado? ¡Por supuesto! ¿Quién no se desmayaría ante la presencia del diablo?

Evelyn deseaba estar en cualquier lugar menos en *Rowland's Castle*.

—Solo quiero un nombre, decídmelo, y os daré una muerte digna.

Evelyn paseó su mirada por el hombre que se mantenía tenso delante de ella. El conde de *Rowland's Castle* se veía temible, era un guerrero que no había perdido ninguna batalla. Al ver sus ojos oscuros, cuajados de fuego, comprendía por qué lo apodaban *demonio negro*. Tenía la expresión cruel, ausente de piedad. Su pelo oscuro parecían carbones apagados y le confería una apariencia aún más siniestra. La ferocidad de sus ojos le hizo dar un paso hacia atrás de forma involuntaria. La enorme espada la llevaba asida al cinto, como si fuese a entrar en batalla de un momento a otro. Evelyn se mordió el labio herido, había amado a ese guerrero con intensidad, pero ahora lo odiaba con una desconfianza aplastante.

—¡El nombre! —El atronador grito la hizo encogerse de miedo.

—No...no sé a qué nombre os referís —él avanzó un paso más.

—Quiero el nombre —Evelyn seguía en un silencio sospechoso—. *Hampshiretower* ha sido atacada, decidme su nombre para que pueda darle al traidor el castigo que se merece, pienso arrancarle el corazón con mis manos. —Evelyn había seguido retrocediendo, acababa de dar con su espalda en el frío muro—. Voy a dar con el conspirador aunque sea lo último que haga en esta vida.

—Khaled... —trató de decir ella, pero el grito de él hizo que ella se encogiera aterrada.

—No volváis a desobedecerme —él tenía sobrados motivos para estar enfadado, pero ella no podía darle el nombre que le pedía, porque de hacerlo, su hermano estaría muerto.

—Khaled... —obvió la temeridad que mostraba al hablarle—, no es culpable, os lo juro. Yo misma soy inocente en vuestras sospechas.

Khaled estaba tan cerca de ella que pudo asir un mechón de su cabello enmarañado y mostrárselo.

—¡Vuestro pelo os delató! ¡Os vieron en las almenas de *Redtower*! —Al momento enterró su mano como una garra entre los rizos de ella y, con una violenta sacudida, le echó la cabeza hacia atrás. Los ojos de Evelyn se llenaron de lágrimas ante el cruel trato. Otra mano la asió por el mentón y se lo levantó con brusquedad.

—¡Suéltala Khaled! —La mano que apretaba el cuello femenino mantuvo la rigidez, pero había disminuido en fuerza.

Ella no se había percatado de la segunda presencia en la celda. Mantenía los ojos cerrados con tenacidad. Los labios los tenía apretados con tanta fuerza que apenas parecían una línea blanca en su rostro. La presión que ejercía la mano de él en su cuello se aflojó momentáneamente.

Su agonía había sido pospuesta unos minutos más.

—¡Muerta no te servirá de nada! —La voz profunda pertenecía al barón de Stirlign, Erwan, hermano de Khaled.

Evelyn abrió los ojos con aprensión.

Paseó su mirada por los dos hermanos que se mantenían en un silencio sobrecogedor y temerario. Las piernas le flaquearon y temió acabar tirada en el suelo, pero Khaled la sujetaba sin miramientos y con excesiva fuerza para que eso no sucediese.

Esas manos que le habían propiciado caricias, ahora le ofrecían dolor.

—Pienso dejar su cuerpo sin un trozo de piel hasta que me diga el nombre que deseo escuchar —las palabras no iban dirigidas a ella, pero sintió igualmente un escalofrío de miedo.

—Juzgáis al hombre equivocado, esposo —le temblaba tanto la voz que apenas se reconoció en ella.

—¡Decídmelo! —Khaled volvió a tirar de su pelo con violencia, Evelyn se tragó un gemido de dolor.

—No, no lo haré —él mantuvo su mano firme y sus dedos cerrados como garras en torno a su cuello.

—¡Os mataré por traición!

—Os equivocáis Khaled —las palabras de ella no lograron apaciguar la furia del conde.

—No repetiré mis palabras —pero Khaled la soltó al fin y se separó un paso de ella.

Evelyn pudo respirar al verse libre de la presión de la mano de Khaled. El conde la miraba con un odio cerval en sus pupilas negras.

—Evelyn, decídele lo que desea escuchar —ella negó enérgicamente con la cabeza, sentía en las palabras de su cuñado una amenaza velada, pero tenía que callar. ¡Había tanto que perder!

—Os doy mi palabra de que no he pronunciado mentira alguna —dijo con la mirada clavada en su cuñado—, juzgáis a la persona equivocada.

Khaled la traspasó con la mirada.

—¿La palabra de una mujer? —la burla en las palabras hizo que alzase la barbilla con arrogancia a pesar del miedo que sentía.

Clavó sus ojos en su marido con altivez.

—La palabra de un ser humano lleno de miedo —Evelyn le sostenía la mirada a Khaled, aunque su rostro iracundo le producía un sentimiento de desconfianza que iba en aumento.

—Os comportáis de un modo extraño cuando vuestra vida pende de un hilo —Evelyn había dejado de temblar y se dispuso a plantarle cara con la misma precaución que mostraría una cervatilla delante de un lobo.

El conde de *Rowland's Castle*, Khaled Penword, se mantenía alerta con los pies ligeramente separados. Había ladeado hacia la izquierda su cabeza y tenía los ojos fijos en el pelo de ella. Evelyn bajó sus ojos hasta la pesada espada que él llevaba cogida al cinto. El ave que tenía grabado en la guarda le hizo enarcar las cejas ante el recuerdo que la fustigó. Era el emblema del escudo de su familia. Durante años su familia había criado pájaros de plumaje pardo, con listas negras por el dorso y blanco en las partes inferiores, con la cola ahorquillada y con una cresta corta y redonda. Parecía que aún podía oír el canto agradable y armónico de las Alondras, Evelyn criaba Alondras, y Khaled en un gesto de concesión hacia ella, había incluido el ave en el escudo de los Penword. Un suspiro de pesar se escapó de su boca ante la magnitud de lo que tenía que callar.

Si quería que su hermano viviese, tenía que apaciguar al diablo.

—Podéis matarme esposo mío, pero soy inocente —siguió un silencio a sus palabras.

—Decís bien, soy vuestro verdugo hasta que me hagáis partícipe de la información que poseéis y que os negáis a entregarme —Evelyn tragó saliva con dificultad.

—Desconozco la información que me solicitáis, y no acierto a entender por qué me mantenéis encerrada en las mazmorras —las palabras dichas en un susurro casi resultaron imposibles de oír.

—*Hampshiretower* ha sido atacada —reiteró él, Evelyn cerró los ojos durante un momento.

—Si *Hampshiretower* ha sido atacada, desconozco el motivo —el paso amenazador que dio el conde le hizo que ella retrocediese a su vez.

—Necesito la confirmación —Evelyn siguió callada.

—Hacedlo lady Evelyn, así todo terminará pronto —la sugerencia de Erwan le confirmó que ambos hombres la habían condenado.

¡Todo estaba perdido!

Evelyn miró a su cuñado con escepticismo. Khaled ya había juzgado a su hermano Orwain culpable, pero ella no pensaba aumentar sus sospechas con respecto a él.

—Os marchasteis como una ladrona —Evelyn apretó los labios ante la acusación directa—, vuestros actos delatan vuestra culpa.

—Mi ausencia de *Rowland's Castle* fue motivada por vuestra actitud.

—Fue motivada por la traición hacia mi casa — Khaled inspiró—, decidme el nombre de una vez —ella siguió en silencio—, sea pues, al alba se os quemará en el patio. —Evelyn jadeó por el horror que las palabras de Khaled le habían producido.

Ambos hombres abandonaron la celda con paso firme sin volver la vista hacia atrás, absolutamente convencidos de que actuaban con honor.

La mente de Evelyn voló a la imagen de su hermano, Owain no había hecho algo tan horrible como atacar *Hampshiretower*, ella sabía quien estaba detrás del ataque, pero su marido jamás la escucharía, había decidido culpar a otra persona...

Evelyn comenzó a rezar por su alma.

¡La iban a quemar como una bruja!

Estaba atada a un poste y habían apilado la leña a sus pies. El centro del patio de armas se estaba llenando de gente que la abucheaba de forma obscena, gente que anteriormente le había servido con reverencia. Alzó su mirada hacia el cielo cubierto de nubes en muda súplica, era terrible morir justo en el comienzo de la vida, pero morir quemada era el más cruel de los destinos. Cerro los ojos ante la impotencia que la invadía, hiciese lo que hiciese, la pena para ella era la muerte. Evelyn no tenía miedo a morir pero, ¡quemada! Inspiró profundamente en un intento de serenar su pulso desbocado.

Iba a encontrarse con el creador y necesitaba tener la mente lúcida y el corazón tranquilo.

Los aldeanos seguían apilando leña, ella se sentía incapaz de comprender el ánimo con el que lo hacían, ¿acaso pretendían quemar también su alma inmortal? Cuando vio llegar a sus pies la tea humeante, las rodillas amenazaron con no sostenerla, quería gritar fuerte hasta reventarse los pulmones, pero ningún sonido salió de su garganta que había sido cauterizada con el hierro candente del miedo.

Miró los rostros preñados de ira de la gente que esperaba el inicio de su purga, y tuvo la completa convicción que nadie haría nada por ofrecerle consuelo, aunque la creyesen inocente del cargo que se le imputaba. Durante meses la habían respetado como señora de *Rowland's Castle*, pero ahora la insultaban como si fuese la más pérfida de las mujeres.

La tea había sido acercada a la leña reseca, las llamas comenzaron a danzar delante de sus ojos como si fuesen furcias bailarinas de un harén musulmán.

¡Sentía un temor ciego! Pero Dios podía perdonar su miedo.

Con sus actos había evitado que se derramase sangre amada, aunque saberlo no le calmó el terror que las ávidas lenguas de fuego le producían. Se acercaban a sus pies

desnudos, ya podía sentir el calor hiriente lamerle la planta de los pies, pero ella no podía gritar su espanto ni su arrepentimiento más profundo. Elevó una plegaria a Dios para que redimiese su pecado. Sus actos habían sido propiciados por la buena fe y el profundo amor que sentía hacia su familia.

¡Tenía que proteger a su hermano de la ira del demonio negro! Y lo haría con el tributo de su sangre.

El calor se había vuelto asfixiante, el ruedo de su vestido comenzaba a tiznarse de negro, Evelyn alzó sus ojos cuajados de lágrimas y miró los rostros vengativos que le devolvían las miradas llenas de satisfacción.

En el patio se armó un revuelo, pero ella no podía ver nada debido al humo que desprendía la leña al quemarse.

—¡Malditos demonios vengadores!— la atronadora voz hizo que la gente reunida en torno a la hoguera, volvieran sus cabezas casi al unísono. Evelin pudo atisbar a su hermano entre la cortina de humo negro, se mordió el labio con impotencia.

¡Su sacrificio iba a ser en vano! Él tendría que estar en Londres y no en el patio de *Rowland's Castle* viendo cómo la ejecutaban.

Khaled volvió su rostro hacia el caballero que se mantenía erguido sobre su caballo, y con la espada en la mano en actitud desafiante. Evelyn seguía con los ojos llenos de terror. Miró a su hermano Owain con un profundo afecto sabiendo que él también estaba perdido.

—¡Vos deberíais de protegerla! ¡Maldito bastardo! —Khaled no se molestó por la acusación de su cuñado.

Sabía que el joven Owain iba a salir de su escondite cuando llegara a sus oídos que su hermana iba a ser ajusticiada como una bruja. Ya tenía en sus manos al traidor. Ahora podría hacer lo correcto.

—Se está haciendo justicia —la explicación de Khaled no hizo si no encolerizar a Owain todavía más, dirigió su montura hacia la presencia del conde.

—¡Apresadlo! —Vociferó Khaled.

Varios de los soldados secundaron la orden de su señor, rodearon al joven caballero por los flancos y lo tiraron al suelo sin miramiento. Cuando Khaled vio que el joven Owain ya no representaba ningún peligro, volvió sus ojos de acero hacia Evelyn, las llamas estaban a punto de alcanzar a la mujer que no había lanzado una queja ni un grito ante su suerte. Superó los pasos que lo separaban del cadalso, y subió los escalones sin vacilar un instante, sacó el puñal de su bota y cortó las ligaduras que la ataban al poste, Evelyn cayó en sus brazos desvanecida.

—¿A qué llamáis justicia conde? —Khaled alzó su rostro estupefacto al escuchar la voz, sostenía en sus brazos el cuerpo inerte de Evelyn, por un momento se sintió aturdido, fijó sus claros ojos azules en la persona que acababa de cruzar el puente levadizo. Tenía frente a sí a la reina de Inglaterra, Leonor de Castilla, casada con Eduardo I, rey de Inglaterra.

La presencia real no hacía si no incrementar los problemas.

—Pretendía apresar a un traidor, majestad —Leonor miró profundamente a Khaled antes de negar con su cabeza.

El conde seguía sosteniendo en sus brazos a la mujer inconsciente.

—Que atiendan las heridas de vuestra esposa —Khaled asintió—, esperaré vuestro regreso en el gran salón. Tenéis muchas cosas que explicar, conde, y soltad a mi caballero Owain si no queréis sufrir los resultados de mi cólera.

Madeline se encontraba cuidando las quemaduras leves de Evelyn, Khaled decidió regresar al gran salón para no hacer esperar a la reina. Leonor se encontraba mirando el enorme hogar encendido. Owain mantenía el rostro altivo y la mirada amenazadora sin apartar su cuerpo del apoyo de la mesa.

—Disculpad mi retraso, majestad, he tenido que dar las órdenes pertinentes para que mi señora fuese atendida con prontitud —Leonor volvió su rostro del fuego a la figura de Khaled sin emitir un pestañeo, pero en sus pupilas negras había un brillo de decepción que Khaled entendió a la perfección.

—Os habéis excedido en vuestra actuación —Khaled iba a protestar, pero la mano alzada de la reina se lo impidió—, afortunadamente, sir Owain Mortimer llegó a tiempo para solicitar mi ayuda, de lo contrario... —Khaled la interrumpió.

—El espectáculo había sido orquestado para sacar a la alimaña de su escondite majestad. —Owain dio un paso en actitud amenazadora hacia su cuñado, pero dos de los soldados que habían en el gran salón lo sujetaron a tiempo—, la vida de mi esposa no corría peligro. —Leonor lo miró con extrañeza en sus bellos ojos almendrados.

—Explicad entonces vuestra acción para que yo pueda sujetar la ira que me consume en estos momentos. —Khaled apretó los labios con ofensa por las palabras de su soberana. Era consciente que su esposa era la pupila preferida de la reina, pero él no podía ignorar un acto de traición perpetrado por el hermano de ella.

—*Hampshiretower* ha sido atacada. El conde Owain dirigía el asalto junto a mi esposa Evelin.

Eleonor miró a Khaled de forma directa, con la duda reflejada en su rostro regio.

Hampshiretower era una pequeña fortificación que pertenecía a los dominios de *Redtower*. A la reina Eleonor le parecía imposible que Owain o Evelyn decidiesen atacar su

misma propiedad. La acusación del conde era del todo incorrecta, *Hampshiretower* no representaba ningún peligro y no contenía ninguna riqueza. Solo una persona codiciaba la tierra.

—Eso es imposible conde —Khaled apretó aún más los labios con enojo—. El asalto a *Hampshiretower* ha sido perpetrado por sir William de March, vuestro primo. —Khaled apretó los puños a sus costados. La mentira real le había producido un salto inesperado en el estómago—. Desde allí pretendía sitiar *Redtower*.

—¡Mentís! —Leonor redujo sus ojos a una línea.

—Debería mandar que os decapitasen por vuestra impertinencia —Khaled tensó la espalda con ira—, pero estamos aquí para disipar esta disputa de poder. —La reina inspiró de forma pausada antes de continuar con tono pragmático—. William de March se encuentra custodiado por mis soldados de confianza. Le espera un juicio en Londres por traición a la corona.

Khaled entrecerró sus ojos azules con escepticismo.

—Afortunadamente, he hecho mi trabajo en vez de dedicarme a atormentar a un inocente.

En el gran salón se hizo un silencio sumamente incómodo.

Khaled tragó saliva de forma violenta. Había sido un estúpido, había creído cada una de las palabras que su primo había tejido en torno a la traición del joven Owain. William había tratado años atrás de hacerse con el control de *Redtower* usando a la heredera Evelyn, y la intervención de la reina Leonor había evitado el desenlace.

—Cuando se os concedió la mano de Evelyn Mortimer, fue con el propósito de zanjar el odio entre los Penword y los Mortimer. Odios que han generado guerras durante décadas y que han destruido familias —Khaled fijó sus ojos en la reina que a su vez le sostenía la

mirada sin una vacilación en la suya—. Vuestra actuación me ha decepcionado profundamente.

—Vi a mi esposa en las almenas de *Redtower* escondiéndose de mi ira, y urdiendo su traición —Leonor se volvió por completo hacia Khaled.

—Os recuerdo que *Redtower* era el hogar de vuestra esposa antes de llevarla como dote a su matrimonio con vos.

—Así es majestad, esas tierras me pertenecen, vinieron a mí con el derecho de esponsales —la reina cerró los ojos durante un momento.

Detestaba los conflictos y la ambición desmedida de sus caballeros. *Redtower* era una posesión muy valiosa que había generado odios durante siglos. Cuando Leonor había elegido a la joven Evelyn como su dama de compañía, la había tomado bajo su protección ante la insistencia de varios caballeros de hacerse con tan jugosa dote empleando la fuerza. Leonor había creído de forma errónea que el matrimonio de Evelyn con Khaled iba a poner fin al conflicto. *Redtower* era una codiciada propiedad en el sur de Inglaterra, se encontraba situada en una posición estratégica, dominaba el puerto de *Porsmouth*, y otras regiones importantes.

Controlar el puerto significaba dominar la mercancía que llegaba a Inglaterra desde el sur.

—Vuestro primo atacó *Hampshiretower* con la intención de haceros creer que era vuestro cuñado, Owain, quien se alzaba contra vos. —Khaled apretó los labios con rabia descontrolada—. Lady Evelyn trató de avisar a su hermano, pero fueron las artimañas perpetradas por sir William y sus ansias de controlar *Redtower* las que han desencadenado este desastre —Khaled no sabía qué pensar.

—Hablaré con mi primo y examinaré cuidadosamente la verdad sobre vuestras palabras —dijo Khaled.

La reina negó una única vez.

—Creí que sir William había aceptado de buen grado vuestro matrimonio —Khaled apretó los labios con ofensa por el recuerdo—, que os había jurado vasallaje, ¿cómo podéis explicar esta deslealtad cometida hacia vuestra casa? —pero Khaled no podía. Se había creído cada una de las palabras traicioneras de su primo—. Con vuestras acciones, habéis manchado la confianza que os tenía mi esposo al confiaros una propiedad tan valiosa como *Redtower*.

—El rey Eduardo comprenderá por qué motivo he actuado con desobediencia.

Leonor desvió su mirada durante un instante hacia Owain que le hizo a su vez un gesto afirmativo.

—Tengo una proposición que haceros, conde —Khaled fijó sus pupilas negras en el rostro de la soberana que le mantenía el pulso sin un titubeo.

Leonor de Castilla y de Danmartin, era la segunda de los tres hijos nacidos del segundo matrimonio de Fernando III el Santo con Juana de Danmartin, condesa de Ponthieu, y se había casado el 18 de octubre de 1254, en el monasterio de Las Huelgas, en Burgos, con el príncipe Eduardo de Inglaterra. El matrimonio se había realizado para sellar la paz entre Enrique III y Alfonso X, medio hermano de Leonor, por la posesión de Gascuña, en litigio desde que la hija de Enrique II, Leonor de Plantagenet y de Aquitania, la llevara en dote al casarse con Alfonso VIII. El rey inglés exigió el matrimonio entre Leonor y Eduardo como prueba de sincera voluntad al acabar la guerra.

—Os escucho majestad —Khaled sabía que no podía rechazar una proposición viniendo de la corona. No si quería mantener su cuello intacto.

—*Redtower* regresará como herencia a Evelin —Khaled entrecerró los ojos sin comprender—. Deseo que ésta y próximas disputas, cesen de una vez.

—Esa herencia es mía majestad —Leonor sabía que Khaled no la había entendido.

—Esa herencia perteneció a la familia Mortimer por gracia y favor de vuestro rey Enrique Plantagenet, que se la ofreció a uno de sus más leales caballeros, sir Peter Mortimer.

—*Redtower* vino con la dote de Evelin mi señora —dijo Khaled, la reina asintió con la cabeza.

—Y será heredada únicamente por la primogénita que engendre lady Evelin. Ninguno de sus otros herederos tendrá derecho a ella.

Khaled iba a protestar violentamente, pero un gesto de la reina se lo impidió.

—La herencia pasará de madre a hija, y de hija a nieta.

—Majestad, es por todos conocido que mi familia no es prolífera en descendencia femenina —la reina elevó el mentón con altanería.

—En ese caso, conde, *Redtower* seguirá en posesión de su esposa, y de la familia de su esposa hasta que lady Evelyn engendre una heredera legítima. O su primogénito engendre una.

Khaled comprendió que la reina no iba a ceder en su proposición. Con esa jugada se había asegurado el futuro de Evelyn y sus descendientes femeninas, él solo podía mirarla con impotencia.

—Ahora, id con vuestra esposa y aseguraos de que le explicáis los términos del acuerdo. Lady Evelyn podrá disfrutar de un tiempo de paz.

Por primera vez en sus treinta años, Khaled había cedido ante el chantaje de una mujer, y esa mujer era la reina de Inglaterra. Eleonor había atado los asuntos bien, pero a él no le importaba tanto la tierra como la certeza que sentía hacia la traición de Evelyn. La había amado más que a ninguna otra mujer, era el calor en el refugio de su soledad, la miel tibia en la boca herida. Pero él la creía culpable, y gracias a la intervención de Leonor no podría hacer justicia con respecto a ella. Khaled se pasó los dedos por el alborotado pelo con cansancio.

¡Había sido tanta su ira!

Su corazón había dejado de latir en el mismo momento que la contempló en las almenas de *Redtower* dirigiendo a sus hombres en su contra. Y la reina pretendía que se retractase de su postura, pero algo así no podía ser posible. Desconfiaba de todo. Sabía lo porfiada que era, aunque la amaba con todo su corazón.

—Una vez en el pasado te mencioné que tu impulsividad se iba a convertir en tu desgracia —las palabras de Erwan lo trajeron de nuevo a la realidad.

La reina se había retirado junto con su séquito hasta la hora de la cena en el ala oeste de *Rowland's Castle*, él seguía apurando un vaso de hidromiel para tratar de olvidar que todavía tenía que enfrentarse a Evelyn.

—Es culpable Erwan, lo sé —afirmó Khaled de forma categórica.

—Siempre sospeché del primo Williams —Khaled taladró a su hermano con mirada fiera—, ¿por qué no sospechaste de él cuando viste que sitiaba los muros de *Redtower*?

—Creí que venía en mi ayuda —Erwan pifió al escuchar las palabras de su hermano.

—Siempre ha codiciado *Redtower*, lo sospechaba desde hacía tiempo.

—Podías haberme dado un incentivo sobre tus sospechas —Erwan estuvo a punto de maldecir, pero se abstuvo.

—Cuando se trata de Evelyn no atiendes a razones —Khaled miró a su hermano con una profunda desilusión—. Te ciegan los celos, te alimentas de la suspicacia con respecto a ella. Tus actos te piden cuentas.

—¡Es culpable! —Erwan negó con la cabeza al mismo tiempo que Khaled asentía.

—No puedes ir contra la sentencia de la reina, Eduardo puede mostrarse menos magnánimo que ella —Khaled supo que su hermano tenía toda la razón, pero él tenía sus métodos particulares de hacerle pagar a una mujer su veleidad.

Erwan supo exactamente lo que pensaba Khaled.

—Es tu maldición Khaled, tus celos son tu maldición y la mía.

—Mi esposa pagará por esto —Erwan cerró los ojos ante la terquedad de su hermano mayor.

Si Khaled seguía empeinado en sus sospechas. La ira real iba a caer sobre los muros de *Rowland's Castle*.

—Estás a tiempo de parar esta locura —pero Khaled no escuchaba. Había cerrado su mente a cualquier defensa sobre Evelyn.

Erwan suspiró decepcionado. Khaled y su obsesión iban a ser una maldición para todos los Penword futuros.